

Cerrarlas de repente,  
 ¡Los dedos como pétalos carnívoros!  
 Sólo aferro, sin embargo, con ellas, ese alimento impalpable del tiempo,  
 Que me sustenta y mata, y que va secreteando el pensamiento  
 Como tejen sus telas de arañas.

(*Miro mis manos*)

Es el tiempo, pues, quien engendra la reflexión capaz de traducir el extrañamiento ante todo lo que nos parece familiar y, en esa misma medida, intrascendente. La respuesta al desnudo del mundo, su liberación del barniz de obviedad con que el tedio lo recubre, recoloca al hombre ante la doble significación de la temporalidad: ella lo *sustenta* y también lo *mata*. Descubrir lo real equivale a descubrirse en un doble movimiento de naturaleza trágica que implica conciencia plena, por un lado, y por otro, experiencia de la propia finitud. Y es a este sentido ambivalente de la conciencia y de la temporalidad al que debe vincularse la protesta de Quintana contra una sociedad alienadamente planificada. La previsibilidad ahoga la lucidez porque impide su indispensable oscilación entre la certeza y la duda. En esa oscilación se nutren las raíces de la espiritualidad, la facultad que permite al hombre descubrirse como el único ser de la naturaleza obligado a decir *existo*, inducido a *preguntar*.

En *Poema* se nos advierte que la luz anhelada en medio de tanta noche bien pudiera ser un delirio: «¿Y si lo que tanto buscas sólo existe / en tu límpida locura —qué importa?» Poco después, en *Poema mirando un muro*, el escritor dilata este desasosiego con respecto a sí mismo para comunicarnos, francamente, su personal desconcierto: «Ni yo mismo sé lo que hace tanto busco...» La misión del poeta es, en esencia, un misterio aun para él. Pero su palabra es liberadora, precisamente porque se sitúa a medio camino entre la certidumbre cotidiana o esa *actitud natural* y acrítica de la que nos habla Edmund Husserl, y el sinsentido nihilista y escéptico. En ella el hombre encuentra un ámbito intermedio que resguarda a la existencia tanto de la mediocridad del dogma como del vacío del silencio. En ese escenario equidistante, cuyas antípodas son la costumbre y el absurdo, tiene lugar la revelación poética, vale decir el acceso a la oculta relevancia de lo aparentemente ínfimo: «Descubrir continentes es tan fácil como tropezar con un elefante: poeta es quien encuentra una monedita perdida...» El poema se sumerge en lo inefable, el poeta va buceando en la intemperie. Pero este paisaje cargado de enigmas no es otro que aquel que roza, con su indiferencia, el enajenado habitante de las ciudades. En él, el poeta se ve reflejado en lo que tiene de más humano. Quintana sabe lo que tan bien dijo Nietzsche: «Cuando tu mirada penetra largo tiempo en el fondo del abismo, el abismo también penetra en ti».

El tema de la creación propiamente dicha, ya planteado por el texto *La gran catástrofe* del libro *Cuaderno H*, reaparece en la pieza *El huevo sapiens* incluida en el volumen que estoy analizando. Ya nos dijo Mario Quintana que para él la creación es un proceso dispersivo. Supone la multiplicación de la unidad; exige la conversión de lo uniforme en multiforme. Dios, al abrir su mano, franqueó el camino hacia la reproducción fragmentaria de lo real, y es en esta diáspora fenoménica donde debe advertirse la presencia de la creación. Sólo donde hay singularidad ontológica hay realidad. En la mente del hombre, sin embargo —y tal es la tesis de *El huevo sapiens*— la totalidad vuelve

a quedar aprisionada; sepultado su polifacetismo bajo el anhelo humano de unidad. Esta sed de contención, este afán represivo de lo diverso, redundaba en la imposibilidad de individualizar las formas, o por lo menos, en el desinterés creciente por esa individualización. La muerte del hombre libera finalmente a las cosas de esa celda cerebral en que agonizan durante toda la existencia humana. Ello, claro está, cuando la poesía no cumple su cometido, como ocurre en el caso de la mayoría de los hombres, lo cual —paralelamente— permite comprender la dimensión ética y epistemológica que le confiere Quintana al quehacer artístico. El reconocimiento de lo individual, de la creación, induce a celebrar la belleza de lo efímero. Nada vivo puede ser bello si no es efímero. Lo eterno, en el fondo, es horroroso; idea que recuerda, en un sentido primordial, la tesis homérica del héroe trágico, cuya grandeza está asociada a la consubstanciación del afán de trascendencia con el arraigo en la finitud, y que quizá nadie planteó con más emoción que Píndaro en su terceta *Pítica*: «Oh, alma mía, no aspirites a la vida inmortal pero agota el campo de lo posible». Ese terror a la eternidad identificada con lo definitivamente inmóvil puede leerse en los versos de *Retrato sobre la cómoda*, donde Quintana exclama: «¡Ah, esos cuadros de antaño / casi tan horribles como la palabra antaño... / no de un horrible ridículo sino de un horrible triste. / Porque se puede ver entre el cristal y el retrato / Una hoja otrora verde, unos cabellos que ya estuvieron vivos / Y ahora para siempre inmóviles en el marco negro / Y, en la fotografía, alguien está sonriendo eternamente / Cuando una sonrisa para ser sonrisa debiera ser efímera...» Al igual que en la eternidad, en la universalidad todo queda aprisionado en un estatismo exangüe. La unidad de lo diverso equivale al cese del movimiento, a la pérdida de la autonomía expresiva. Colocándose en la vertiente opuesta a la de un Santo Tomás, Quintana pareciera identificarse con las tesis estéticas de Vico, quien adjudica al arte como tarea el ahondamiento expresivo de lo particular. Es que el Todo equivale a la indiscriminación, a lo amorfo: «¡En el Todo donde todo se consume / La misma llama consumía / Mi miseria y tu jerarquía!» En el devenir y sólo en él está lo bello: «¡La primavera vive en el país del Ahora!» Por eso Quintana, con notable humor, habrá de promover la idea de que hay que salvar a Dios de la eternidad para devolverlo al fluir del tiempo, donde rigen la solidaridad y el afecto. Pero la reivindicación del devenir en su obra es siempre la de esa zona donde confluyen sensibilidad poética y conciencia de la finitud. Una versión, en suma, del *Carpe diem* horaciano que no conviene asociar a la defensa ciega del aprovechamiento sin más del tiempo presente. De hecho, más allá de la beatitud creadora, fuera de las fronteras del delirio y la inocencia, el paso liso y llano del tiempo es francamente humillante:

El despertador es un objeto abyecto.

En él vive el tiempo. El tiempo no puede vivir sin nosotros, para no parar.

Y todas las mañanas nos llama frenéticamente como un viejo paralítico que toca  
[un timbre atroz.

Nosotros

somos quienes empujan, día a día, su silla de ruedas.

Nosotros, sus esclavos.

Sólo los poetas

los amantes

los borrachos

pueden escapar por instantes  
al Viejo... ¡Pero qué rabia impotente siente el Viejo  
cuando encuentra niños jugando en una ronda  
y tiene que resignarse a desviar de ellos su silla de ruedas!  
Porque ellos, simplemente, lo ignoran...

**Santiago Kovadloff**



Mario Quintana